

LIBRO GRATUITO

CUENTOS PARA QUEDARSE EN CASA

ELOY MORENO



LIBRO GRATUITO

CUENTOS PARA QUEDARSE EN CASA

ELOY MORENO



Cuentos para
quedarse en casa

Eloy Moreno

Portada e ilustraciones
Pablo Zerda

Edición digital, 17 de marzo, 2020
www.eloymoreno.com

He creado este ebook gratuito para que estos días de cuarentena os pasen más rápido y de una forma más entretenida.

Estos cuentos son tanto para **adultos** como para **niños y niñas a partir de 7-8 años**. Lo más bonito es leerlos, compartirlos y comentarlos.

Todos los cuentos que aparecen en el libro pertenecen a los libros

> **Cuentos para entender el mundo 1**

> **Cuentos para entender el mundo 2**

> **Cuentos para entender el mundo 3**

Ahora mismo podéis conseguir los libros completos en su versión electrónica en [Kindle Amazon](#) y su edición en papel en **librerías online** y en mi web: www.eloymoreno.com

“EL QUE NO CREE EN LA MAGIA
NUNCA LA ENCONTRARÁ”
ROALD DAHL

Como siempre he dicho, estos cuentos no son míos, porque ni en mil vidas podría escribir algo tan bonito, lo único que he hecho es adaptarlos a los tiempos que corren, adaptar el lenguaje, los personajes, los escenarios... y lo más importante de todo: seguir transmitiéndolos para que no caigan en el olvido y así las nuevas generaciones puedan disfrutarlos.

Y por supuesto los he adornado con los preciosos dibujos de Pablo Zerda, un ilustrador argentino capaz de darle vida a cada una de las historias.

Espero que os gusten.

Instrucciones de uso

Uno:

Lee un cuento al día, justo antes de acostarte.
Así tu mente tendrá toda la noche para pensar en él
y todo el día para intentar comprenderlo.

Dos:

Léetelos a ti mismo/a
Léelos a otros

Tres:

Vívelos, siéntelos, imagínalos,
compréndelos, transmítelos.

Cuatro:

Y cuando hayas comprendido el mundo,
intenta mejorarlo.

La pulsera

Un joyero venía observando ya durante un tiempo, cómo una niña se detenía delante del escaparate de su establecimiento y se quedaba mirando una bonita pulsera de oro.

Así pasaron varias semanas hasta que, un día, la niña se decidió a entrar:

-¡Hola! -dijo la pequeña.

-¡Hola! -contestó educadamente el joyero-. ¿En qué puedo ayudarte?

-¿Me puede usted enseñar esa pulsera que hay en el escaparate, la dorada?

-Claro que sí -le respondió.

La niña la cogió y comenzaron a temblarle las manos mientras la acariciaba con sus dedos. En ese momento el joyero pudo ver cómo unas lágrimas de emoción brotaban de sus ojos.

-Es que me gustaría regalársela a mi madre, pues hoy es su cumpleaños y me está ayudando mucho en mis estudios. Se pasa el día trabajando, y cuando llega cansada por la tarde se queda conmigo haciendo los deberes hasta que consigo entenderlos.

-Sí, seguro que le encantará, es preciosa -le contestó el joyero.

-¿Cuánto vale? -preguntó la niña.

-¿Cuánto tienes? -le respondió el hombre.

La niña sacó una pequeña bolsa repleta de monedas y las dejó sobre el mostrador.

-Es que he estado ahorrando durante muchos meses.

-Bien, veamos qué hay por aquí... -contestó el joyero mientras contaba el dinero- a ver... ¿no tienes nada más, pequeña?

-Bueno, sí, espere... -dijo mientras metía sus manos en los bolsillos y continuaba sacando varias monedas más, un pequeño billete arrugado, un anillo de plástico, un coletero rosa y dos caramelos de fresa.

-A ver... creo que sí, creo que con esto será suficiente -le respondió el joyero mientras recogía todo lo que la niña había dejado en el mostrador- ¿Quieres que te la envuelva para regalo?

-¡Sí, sí! -exclamó la niña ilusionada.

Tras unos minutos, el joyero le dio el paquete y la pequeña se llevó la joya.

A la mañana siguiente, la madre de la niña se presentó en el establecimiento con la pulsera en su estuche.

-Hola -saludó nada más entrar.

-Hola -le saludó también el joyero-, ¿en qué puedo ayudarle?

-Verá, es que ayer por la tarde, mi hija me regaló esta pulsera para mi cumpleaños y me dijo que la había comprado aquí.

-Sí, así es -contestó el joyero mientras la observaba-, yo mismo se la vendí.

-Pero... pero creo que debe haber un error porque... esta pulsera es de oro, ¿verdad?

-Sí, por supuesto, aquí solo vendemos productos de primera calidad.

-Entonces no lo entiendo, mi hija jamás podría pagar una joya así, no tiene tanto dinero, ¿cuánto le ha costado?

-Verá -le contestó seriamente el joyero-, en este establecimiento tenemos por costumbre mantener la confidencialidad de nuestros clientes, así que, sintiéndolo mucho, no puedo darle esa información.

-Pero... -protestó la madre.

-Lo que sí puedo decirle es que su hija pagó por esta pulsera el precio más alto que puede pagar una persona.

-¿Qué quiere decir? -contestó la madre preocupada.

-Su hija me dio todo lo que tenía.

* * *



La rosa y el sapo

En un precioso jardín, una rosa y un sapo habían ido creciendo juntos. Durante mucho tiempo compartieron todo tipo de vivencias, secretos y, sobre todo, una amistad que parecía eterna.

La vida iba pasando y el sapo observaba cómo su amiga se volvía cada vez más y más hermosa. Para él era un placer ir a visitarla, saltar a su alrededor y contarle todo lo que sucedía fuera de aquel jardín.

Pero la rosa comenzó a darse cuenta de su hermosura y de la atracción que ejercía sobre la gente que la miraba.

El único problema era que, de vez en cuando, aparecía un sapo dando saltos a su alrededor que espantaba a los que se acercaban.

Llegó el día en el que la rosa, ya cansada de la situación, habló con el sapo.

-Oye -le dijo-, ¿no podrías hacer lo mismo que haces aquí, eso de ir saltando de un lado a otro, en cualquier otra parte del jardín?

-Pero... -contestó confundido- hasta ahora nunca te había molestado mi presencia, siempre te había gustado tenerme alrededor...

-Sí, es cierto, pero me he dado cuenta de que espantas a todos los visitantes que vienen a verme. Les asustas y además... tu aspecto ya no armoniza con mi belleza.

-Vaya... -contestó triste el sapo- qué lejos han quedado aquellos tiempos...

Ambos se quedaron callados durante una eternidad. Él esperando una rectificación y ella, en cambio, esperando a que se fuera.

-Vale... -contestó finalmente el sapo- no te preocupes, el jardín es muy grande, puedo irme a cualquier otro sitio -y se alejó de allí.

Y la primavera pasó, y el verano, y también el otoño...

Y durante todo aquel tiempo, ambos hicieron su vida por separado. No volvieron a verse en meses, hasta que un día el sapo decidió acercarse a visitar a la rosa.

Pero al llegar se quedó totalmente sorprendido. Su amiga, aquella bonita flor, estaba ahora marchita, apenas quedaba rastro de la belleza que había tenido meses atrás. Sus pétalos estaban agujereados, su tallo caído...

-Hola, Rosa.

-Hola, Sapo -contestó ella con rocío en las mejillas.

-Pero, ¿qué te ha pasado? ¿qué te han hecho? ¿por qué tienes tan mal aspecto?

-No lo sé. Los primeros días todo fue bien, pero poco a poco comenzaron a comerme los bichos, sobre todo las hormigas. Un día un picotazo aquí, otro día otro picotazo allá y se han apoderado de mí...

-¡Ay, Rosa! -le contestó el sapo- nunca te diste cuenta de que antes había alguien que

se comía todos esos bichos que estaban cerca de ti. Estabas demasiado ocupada observando tu propia belleza.

* * *

Las entradas del circo

Una madre decidió celebrar el cumpleaños de su hija llevándola a un circo que acababa de llegar a la ciudad.

La niña se sentía feliz y a la vez orgullosa al ver que cada vez se iba haciendo más mayor.

Cuando por fin llegaron, se dirigieron a las taquillas.

-¿Cuánto cuestan dos entradas? -preguntó la madre.

-Tenemos dos precios: 10 euros para los adultos y 7 euros para los menores de cinco años.

-Está bien -le dijo la madre mientras buscaba en la cartera dinero para pagarlas-, entonces deme dos de adulto.

El hombre de la taquilla le entregó el cambio y le dio las entradas.

-¿Sabe, señora...? Podría haberse ahorrado 3 euros, pues yo no me hubiera dado cuenta de que su hija tiene más de cinco años.

-Sí, lo sé -contestó la madre-, usted no se hubiera dado cuenta, pero ella sí.

* * *



Las estrellas de mar

Una mañana de invierno, un hombre que salía a pasear cada día por la playa, se sorprendió al ver miles de estrellas de mar sobre la arena, prácticamente estaba cubierta toda la orilla.

Se entristeció al observar el gran desastre, pues sabía que esas estrellas apenas podían vivir unos minutos fuera del agua.

Resignado, comenzó a caminar con cuidado de no pisarlas, pensando en lo fugaz que es la vida, en lo rápido que puede acabar todo.

A los pocos minutos, distinguió a lo lejos una pequeña figura que se movía velozmente entre la arena y el agua.

En un principio pensó que podía tratarse de algún pequeño animal, pero al aproximarse descubrió que, en realidad, era una niña que no paraba de correr de un lado para otro: de la orilla a la arena, de la arena a la orilla.

El hombre decidió acercarse un poco más para investigar qué estaba ocurriendo:

-Hola -saludó.

-Hola -le respondió la niña.

-¿Qué haces corriendo de aquí para allá? -le preguntó con curiosidad.

La niña se detuvo durante unos instantes, cogió aire y le miró a los ojos.

-¿No lo ves? -contestó sorprendida- Estoy devolviendo las estrellas al mar para que no se mueran.

El hombre asintió con lástima.

-Sí, ya lo veo, pero no te das cuenta de que hay miles de estrellas en la arena, por muy rápido que vayas jamás podrás salvarlas a todas... tu esfuerzo no tiene sentido.

La niña se agachó, cogió una estrella que estaba a sus pies y la lanzó con fuerza al mar.

-Para esta sí que ha tenido sentido.

* * *



Los zapatos del hombre afortunado

Hace ya mucho, mucho tiempo... en un reino muy, muy lejano... había un rey cuyo poder y riqueza eran tan enormes como profunda era la tristeza que cada día le acompañaba.

Lo tenía todo y aun así no conseguía ser feliz, siempre sentía que le faltaba algo. Un día, harto de tanto sufrimiento, anunció que entregaría la mitad de su reino a quien consiguiera devolverle la felicidad.

Tras el anuncio, todos los consejeros de la corte comenzaron a buscar una cura. Trajeron a los sabios más prestigiosos, a los magos más famosos, a los mejores curanderos... incluso buscaron a los más divertidos bufones, pero todo fue inútil, nadie sabía cómo hacer feliz a un rey que lo tenía todo.

Cuando, tras muchas semanas, ya todos se habían dado por vencidos, apareció por palacio un viejo sabio que aseguró tener la respuesta:

“Si hay en el reino un hombre completamente feliz, podréis curar al rey. Solo tenéis que encontrar a alguien que, en su día a día, se sienta satisfecho con lo que tiene, que muestre siempre una sonrisa sincera en su rostro, que no tenga envidia por las pertenencias de los demás... Y cuando lo halléis, pedidle sus zapatos y traedlos a palacio.

Una vez aquí, su majestad deberá caminar un día entero con esos zapatos. Os aseguro que a la mañana siguiente se habrá curado”.

El rey dio su aprobación y todos los consejeros comenzaron la búsqueda.

Pero algo que en un principio parecía fácil, resultó no serlo tanto: pues el hombre que era rico, estaba enfermo; el que tenía buena salud, era pobre; el que tenía dinero y a la vez estaba sano, se quejaba de su pareja, o de sus hijos, o del trabajo... Finalmente se dieron cuenta de que a todos les faltaba algo para ser totalmente felices.

Tras muchos días de búsqueda, llegó un mensajero a palacio para anunciar que, por fin, habían encontrado a un hombre feliz. Se trataba de un humilde campesino que vivía en una de las zonas más pobres y alejadas.

El rey, al conocer la noticia, mandó buscar los zapatos de aquel afortunado. Les dijo que a cambio le dieran cualquier cosa que pidiera.

Los mensajeros iniciaron un largo viaje y, tras varias semanas, se presentaron de nuevo ante el monarca.

-Bien, decidme, ¿lo habéis conseguido? ¿Habéis localizado al campesino?

-Majestad, tenemos una noticia buena y una mala. La buena es que hemos encontrado al hombre y en verdad que es feliz. Le estuvimos observando y vimos la ilusión en su mirada en cada momento del día. Hablamos con él y nos recibió con una amplia sonrisa

y con la alegría reflejada en sus ojos...
-¿Y la mala? -preguntó el rey impaciente.
-Que no tenía zapatos.

* * *

El halcón que no volaba

Un rey había comprado cinco de los mejores halcones de todo el país. El vendedor le había prometido que eran capaces de hacer increíbles piruetas en el aire, e incluso de llevar mensajes de una ciudad a otra.

Desde el primer día las aves comenzaron a dar muestras de su capacidad de vuelo: cada vez volaban más alto, más rápido y de una forma más precisa, haciendo caso en todo momento a sus entrenadores. Pero había un halcón que se negaba a volar, permanecía parado en la misma rama desde el primer día, no había forma de moverlo. -¡No lo entiendo! -se lamentaba el rey- Le damos la misma comida que a los demás, le ofrecemos el mismo trato, los mismos cuidados... y en cambio se niega a volar, ya no sé qué hacer.

Transcurridas ya varias semanas desde la llegada de los halcones, el rey anunció que ofrecería una recompensa a quien consiguiera hacer volar al animal.

Prácticamente todos los habitantes del reino lo intentaron de una forma u otra: le animaron con las mejores canciones, le recitaron poesía, le ofrecieron los más exquisitos manjares... pero todo era inútil, nada parecía funcionar.

Uno de esos días en los que el rey permanecía junto al halcón animándole para que volara, una anciana pasó por allí y, al ver la situación, negó con la cabeza.

-Majestad, ha llegado a mis oídos el problema que tenéis con este halcón, pero así nunca lograréis que el animal vuele.

El rey se mostró curioso ante aquella mujer.

-¿Y qué deberíamos hacer entonces?

-Quizá no hayáis comprendido que lo que le sucede a ese halcón es lo que le ocurre a la mayoría de las personas... -contestó la anciana.

-¿A la mayoría de las personas? No entiendo lo que quiere decir -respondió confuso el rey-. Pero si tanto sabe usted, ¿dígame cómo conseguir que vuele?

-Está bien, primero tengo que hacer unas compras en el mercado, pero a la vuelta ese halcón volará.

Y mientras la anciana se alejaba hacia el mercado, el rey se quedó pensando que quizás aquella mujer simplemente le estaba tomando el pelo.

Pero a las dos horas, cuando el rey estaba contemplando desde su torre el vuelo de las otras aves, observó incrédulo que el halcón que nunca se había movido estaba también en el aire.

Miró hacia abajo, hacia el árbol donde el animal había permanecido tanto tiempo y vio a la anciana sonriendo. Bajó corriendo las escaleras para encontrarse con ella.

-¡Lo ha conseguido, lo ha conseguido! -gritó- ¡Lo ha conseguido! Pero... dígame, ¿dígame cómo lo ha hecho?

-En realidad no ha sido difícil, simplemente le he cortado la rama que lo sostenía.

El hombre que plantaba manzanos

Un viejo hombre, ya cercano a los noventa años, llevaba toda la mañana preparando un pequeño trozo de tierra en el jardín de su casa.

Había quitado las malas hierbas, había cercado con unas maderas un trozo de terreno y, con una pequeña pala, estaba cavando varios agujeros en el suelo.

Desde la casa de enfrente, su vecino lo había estado observando desde hacía ya más de una hora. Finalmente, preso de la curiosidad, se acercó para ver lo que hacía.

-Buenos días, vecino -le saludó.

-Buenos días -le contestó mientras abría una bolsa de semillas y las iba depositando en los agujeros.

-¿Qué está usted haciendo?

-Ah, esto... es que voy a plantar unos cuantos manzanos.

Su vecino no pudo contenerse y comenzó a reír a carcajadas.

-Pero, ¿en serio espera llegar a comer las manzanas que den esos árboles?

-Seguramente no -contestó el anciano-, pero toda mi vida he comido manzanas de árboles que no he plantado.

* * *



El ratón

Había un ratón que le tenía mucho miedo a los gatos, por eso, en cuanto veía uno, huía y se escondía en cualquier rincón hasta que había pasado el peligro.

El problema era que, al vivir en una granja, casi siempre había gatos rondando por la zona.

Un día, un mago que pasaba por allí lo vio acurrucado en un agujero de la pared y temblando de miedo. Tanta lástima le dio que se fue a hablar con él.

—Dime, ratón, ¿cómo podría ayudarte?

—¡Conviérteme en gato! -contestó el roedor.

—Si eso es lo que quieres... —y con unas palabras mágicas lo convirtió en un precioso gato gris.

El antes ratón y ahora gato se puso muy contento y comenzó a caminar tranquilo entre los otros gatos, disfrutando de su nueva condición. Pero, a los pocos días, volvió a comportarse de la misma forma que antes: de vez en cuando se iba a un rincón y se escondía allí durante un buen rato.

Pasadas unas semanas, el mago volvió de nuevo por la granja para ver cómo le iba al gato que antes era ratón. Se sorprendió al verlo de nuevo escondido en un rincón.

—¿Pero qué te ocurre ahora? —le preguntó.

—Que me dan mucho miedo los perros —contestó temblando.

El mago suspiró y volvió a hacerle la misma pregunta.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer por ti?

—¡Conviérteme en perro! —le respondió.

Y de nuevo, el mago, con unas palabras mágicas lo convirtió en un perro precioso: alto y fuerte.

Fueron pasando los días y, como en la anterior ocasión, todo iba bien; pero a las pocas semanas, el ahora perro que antes fue gato y antes ratón, comenzó a tenerle miedo a las personas. En cuanto oía a alguien hablando por los alrededores, se iba corriendo y se escondía en cualquier hueco que encontraba. Y allí se quedaba hasta que creía que había pasado el peligro, a veces podía permanecer escondido durante varias horas.

El mago, que durante las últimas semanas había estado observando su comportamiento, volvió un día y, sin preguntarle ya nada, lo convirtió de nuevo en ratón.

—Pero, mago, ¿¿por qué me has hecho esto?! —protestó.

—Porque nada de lo que haga por ti te va a servir, pues siempre tendrás el corazón de un ratón.



El niño que pudo hacerlo

Dos niños llevaban toda la mañana patinando sobre un lago helado cuando, de pronto, el hielo se rompió y uno de ellos cayó al agua. La corriente interna lo desplazó unos metros por debajo de la parte helada, por lo que para salvarlo la única opción que había era romper la capa que lo cubría.

Su amigo comenzó a gritar pidiendo ayuda, pero al ver que nadie acudía buscó rápidamente una piedra y comenzó a golpear el hielo con todas sus fuerzas. Golpeó, golpeó y golpeó hasta que consiguió abrir una grieta por la que metió el brazo para agarrar a su compañero y salvarlo.

A los pocos minutos, avisados por los vecinos que habían oído los gritos de socorro, llegaron los bomberos.

Cuando les contaron lo ocurrido, no paraban de preguntarse cómo aquel niño tan pequeño había sido capaz de romper una capa de hielo tan gruesa.

-Es imposible que con esas manos lo haya logrado, es imposible, no tiene la fuerza suficiente ¿cómo ha podido conseguirlo? -comentaban entre ellos.

Un anciano que estaba por los alrededores, al escuchar la conversación, se acercó a los bomberos.

-Yo sí sé cómo lo hizo -dijo.

-¿Cómo? -respondieron sorprendidos.

-No había nadie a su alrededor para decirle que no podía hacerlo.



La felicidad intensa

Una mujer llevaba mucho tiempo buscando la felicidad completa, necesitaba sentirla, deseaba descubrir si realmente existía esa sensación. Por eso había reunido todo el dinero que tenía y estaba dispuesta a dárselo a aquel que le hiciera sentir esa felicidad inmensa.

Comenzó a ir de pueblo en pueblo en busca de las personas más sabias, y a todas les decía lo mismo:

—En esta bolsa están todos mis ahorros, si es usted capaz de mostrarme qué es la felicidad intensa, la gran felicidad, esta bolsa es suya.

Pero todos la rechazaban, parecía que nadie era capaz de ayudarla. Aún así la mujer no dejaba de intentarlo.

Cierto día, después de semanas y semanas de camino, llegó a las afueras de una pequeña ciudad y se encontró a un hombre que estaba meditando bajo un árbol. Imaginó que sería el sabio del lugar y se acercó a él.

—Buenos días, maestro, perdone que le interrumpa —le dijo mientras el hombre que estaba meditando abría lentamente los ojos—. Verá, llevo mucho tiempo buscando a alguien que me haga sentir la felicidad completa. Estoy dispuesta a darle esta bolsa con todos mis ahorros a quien lo consiga.

En ese momento, el hombre se puso en pie de un solo salto, agarró la bolsa con el dinero y echó a correr.

La mujer se quedó paralizada. Jamás se le hubiera ocurrido que un sabio pudiera actuar así, por lo que dedujo que en realidad era un impostor, un ladrón que le acababa de quitar todo lo que tenía.

Se quedó observando cómo el ladrón entraba en la ciudad y, en ese momento, comenzó a correr tras él, pero ya era demasiado tarde, pues en cuanto cruzó la muralla lo perdió de vista.

—¡Mi dinero! ¡Todo mi dinero! ¡Lo he perdido todo! —se lamentaba mientras iba deambulando por las calles y preguntando si alguien había visto a un hombre con aspecto de sabio corriendo por la ciudad.

Pero parecía que nadie había visto nada. Estuvo todo el día buscándolo por las tabernas, los comercios, el mercado... pero no hubo forma de encontrarlo. Finalmente, cuando ya casi era de noche, se dio por vencida y decidió abandonar el lugar.

Pero al atravesar de nuevo la muralla en su camino de vuelta, miró a lo lejos y se le iluminó el rostro. A unos cuantos metros de distancia, justo bajo el mismo árbol, distinguió una figura que parecía ser un hombre meditando. Por un momento tuvo la esperanza de que fuera el mismo ladrón que le había quitado todo el dinero.

Comenzó a correr hacia él con todas sus fuerzas y, conforme se acercaba, se iba dando cuenta de que sí, de que aquel era el mismo hombre.

Se lo encontró de nuevo allí, con los ojos cerrados y meditando tranquilamente. Observó que a su lado, en el suelo, estaba la bolsa que le había quitado.

Sin pensarlo dos veces la cogió bruscamente y la abrió. Comenzó a comprobar si dentro estaba todo su dinero, si no faltaba nada... Cuando acabó de contarlo y vio que estaba todo, apretó la bolsa junto al pecho y se puso a llorar de alegría.

En ese momento, el maestro se levantó lentamente, se colocó frente a la mujer y le preguntó:

— ¿Estás feliz ahora?

— Nunca lo estuve tanto — contestó ella.

* * *



La rana y el escorpión

En la orilla de un lago vivía una rana muy amable que ayudaba a todos los animales que no sabían nadar a cruzar el estanque. Cargaba a su espalda a pequeños ratones, orugas, escarabajos... y todo tipo de insectos.

Pero cierto día, un escorpión que se había perdido le pidió que le ayudara a cruzar.
-Rana, necesito cruzar el lago, pero mi cuerpo no tiene la capacidad de nadar, ¿podrías ayudarme?

La rana, que conocía la fama de los escorpiones, sabía que no podía fiarse.
-¿Que te lleve sobre mi espalda?, de ninguna manera. No te conozco y en cualquier momento podrías clavarme tu aguijón y me matarías.
-Pero, ¿cómo voy a picarte? Si así lo hiciera moriríamos los dos, pues yo no sé nadar.

Aun así la rana no estaba convencida. En realidad el escorpión tenía razón, si le picaba él también se ahogaría en el agua.
-Por favor, rana... necesito pasar al otro lado.

Ante tanta súplica, la rana aceptó, y el escorpión, con cuidado, se subió a su espalda. Y así comenzaron a cruzar el lago. En un principio todo iba bien y la rana, poco a poco, fue perdiendo el miedo. Pero cuando ya estaban llegando a la otra orilla, realizó un movimiento brusco para esquivar unas ramas y, en ese momento, el escorpión le picó en la espalda.

La rana sintió un profundo dolor y fue notando cómo el veneno le entraba en el cuerpo paralizándole los músculos.
-Pero, ¿qué has hecho? ¿por qué me has picado? ¡Prometiste no hacerlo! Ahora vamos a ahogarnos los dos.
-No he podido evitarlo, es mi naturaleza -contestó el escorpión.

La rana, apoyándose en unas ramas, aún consiguió salir a la superficie y así salvar su vida. Pero el escorpión se quedó a unos metros de la orilla, intentando no hundirse.

Una mujer que paseaba alrededor del lago observó al escorpión intentando alcanzar la orilla. Sin pensarlo, se acercó, alargó su brazo y lo cogió. Pero, en ese mismo instante, le picó en la mano. Como reacción lo soltó y el animal cayó de nuevo al agua.

Tras unos segundos, la mujer vio cómo el escorpión intentaba de nuevo llegar a la orilla. Se acercó, alargó el brazo y volvió a cogerlo. Y este le picó de nuevo en la mano, cayendo otra vez al agua.

Por el sendero se acercó un campesino que había estado observado toda la escena:
-¿Por qué intentas salvar a ese escorpión? ¿No ves que está en su naturaleza picarte?

La mujer no le hizo caso y buscó alrededor algo con lo que sacarlo. Encontró un palo, se lo acercó y finalmente pudo dejarlo en tierra.
-Y en mi naturaleza está salvarlo -contestó.

* * *

El Regalo

Una maestra, en el día de su cumpleaños, estaba abriendo todos los regalos que le habían hecho cuando, de pronto, se le acercó una niña que llevaba una pequeña flor naranja en su mano.

-Vaya -dijo la maestra sorprendida al verla- ¿dónde has encontrado esa flor tan bonita?
-Bueno, en realidad no la he encontrado, he ido a buscarla. Esta es una flor que solo crece en las partes más alejadas del bosque, justo a la orilla del lago.

La profesora sabía que el lago estaba a unos seis kilómetros de distancia de la escuela y que aquella niña habría tardado horas en conseguir la flor.

Se emocionó tanto que no pudo evitar derramar unas lágrimas.

-Muchas gracias, muchas gracias, es un detalle tan, tan bonito, pero no debiste ir tan lejos para buscarme un regalo.

-Bueno -contestó la niña- eso también forma parte del regalo.

* * *



El tazón de madera

Un hombre ya muy mayor, al ver que no podía valerse por sí mismo, decidió irse a vivir con la familia de su hijo.

Los años habían pasado y su vista estaba muy cansada, caminaba muy lentamente y en muchas ocasiones le temblaba todo el cuerpo.

Pero el gran problema venía cuando toda la familia se sentaba a la mesa, pues a él le costaba masticar y eso le obligaba a hacer mucho ruido cuando tenía la comida en la boca. Además, al coger los cubiertos con sus manos temblorosas, muchas de las veces se le caían al suelo, tiraba la sopa o derramaba toda el agua del vaso.

El pobre hombre se sentía tan inútil... sobre todo cuando pensaba en lo fuerte y ágil que había sido de joven, en todas las cosas que había conseguido hacer. No le gustaba nada ser tan dependiente de los demás, pero no podía hacer otra cosa.

Un día, su nuera, convenció a su marido de que no comiera con ellos.

—¡Ya no lo soporto más! —le dijo—, siempre hay comida por el suelo, se moja la ropa, no deja de tirar cubiertos... y además, mastica tan lento, que al final si decidimos esperarlo siempre llegamos tarde al trabajo.

Finalmente, tras las continuas quejas de su mujer, el hijo del anciano decidió ponerle una pequeña mesa en otro cuarto y comprarle un tazón de madera.

Así, pensó, instalado en otra habitación ya podrá comer a su ritmo, y con el tazón de madera ya no pasará nada si se le cae al suelo, pues este no se romperá y no habrá que estar recogiendo los trozos.

Así pues, a los pocos días, el anciano comenzó a comer solo en el otro cuarto. Aunque él no hablaba, sus ojos lo decían todo, pues de vez en cuando miraba a su hijo y se le saltaban las lágrimas.

De hecho, a partir de aquel momento comenzó a comer menos, no solo porque le costara más, sino por la tristeza de verse allí solo, apartado de su hijo, de su nuera y, sobre todo, de su nieto.

La familia intentaba mirar hacia otro lado como si no pasara nada y el único que de vez en cuando preguntaba por el abuelo era el nieto. Pero las respuestas eran todas muy prácticas: así está mejor, come a su ritmo, no se pone nervioso...

Fueron pasando las semanas hasta que un día, los padres vieron como su hijo llevaba toda la tarde jugando con dos trozos de madera, los había estado modelando a base de golpearlos aquí y allí.

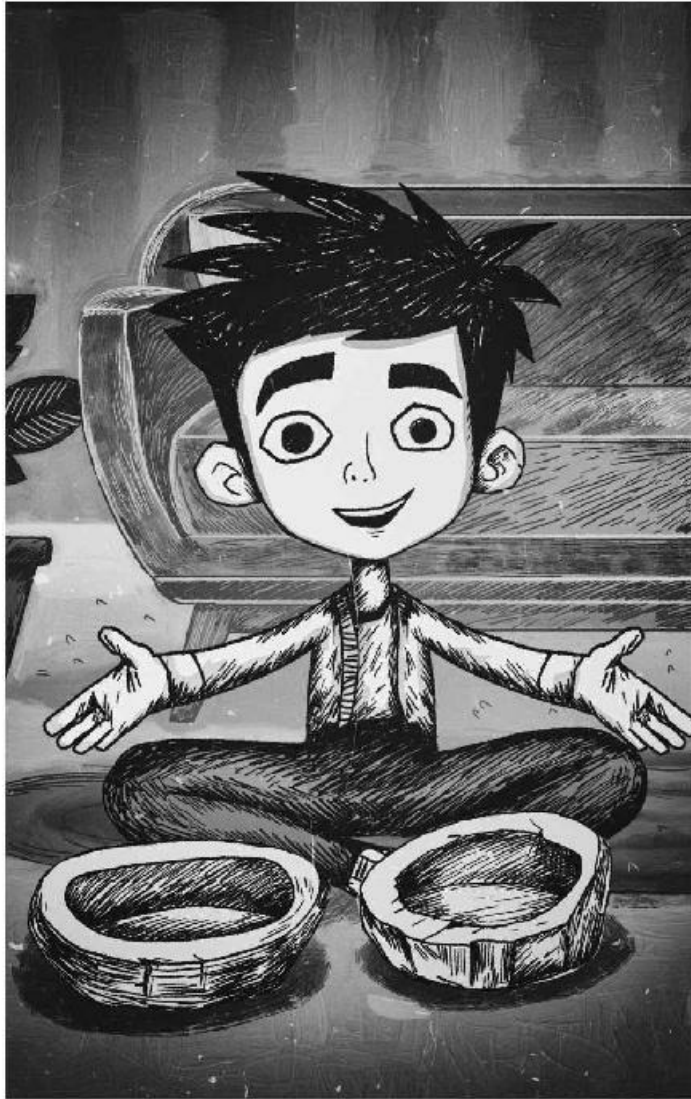
—Vaya, ¿qué es eso? —le preguntaron.

—Esto es para vosotros.

—¿Ah, sí?

—Sí, estos son los dos tazones donde vosotros comeréis cuando yo tenga mi familia y seáis mayores. Y así, yo estaré en el comedor y vosotros podréis estar en ese rincón donde ahora come el abuelo.

A partir de aquel momento volvieron a comer todos juntos.



El futuro

-¿Qué es el futuro? -me preguntó.
Y me quedé en silencio,
buscando una respuesta.

El futuro será esta tarde, esta noche,
mañana, de aquí un tiempo...
El futuro será todo lo que compartiremos:
las cosquillas, las risas, los besos,
las lágrimas, los columpios, los juegos,
el amor, la rabia, los cuentos,
la ilusión, los viajes, los miedos,
las miradas, los abrazos, los secretos...
El futuro serán momentos,
sobre todo, eso, momentos.

-¿Qué es el futuro? -me volvió a preguntar.
Y apretándola entre mis brazos le dije:
-El futuro eres tú.

* * *

Fin

Si te han gustado estos cuentos puedes conseguir los libros completos que los contienen aquí:

CUENTOS PARA ENTENDER EL MUNDO 1

Comprarlo en librerías online

Comprar en versión Kindle

Comprar en mi web firmado y dedicado.

CUENTOS PARA ENTENDER EL MUNDO 2

Comprarlo en librerías online

Comprar en versión Kindle

Comprar en mi web firmado y dedicado.

CUENTOS PARA ENTENDER EL MUNDO 3

Comprarlo en librerías online

Comprar en versión Kindle

Comprar en mi web firmado y dedicado.

Gracias a Pablo Zerda
por haber realizado estas
preciosas ilustraciones

Puedes conseguir también mis libros:

El bolígrafo de gel verde

Lo que encontré bajo el sofá

El Regalo

Invisible

Tierra

en todas las librerías, Amazon y mi web

www.eloymoreno.com